

Alexandre Dumas, *Les Compagnons de Jéhu*, Édition d'Anne-Marie Callet-Bianco. Paris, Gallimard, 2020. 852 p.

Tras 150 años de su fallecimiento, Alexandre Dumas se ha convertido en un escritor conocido por sus novelas históricas: ¿cómo imaginar al cardenal Richelieu sin que la presencia de los mosqueteros acuda a nuestra mente? El imaginario cultural popular le debe, pues, muchas de sus representaciones colectivas. Además, con frecuencia esta vertiente de su escritura ha sido objeto de análisis por parte de voces reconocidas como las de Claude Aziza, de Michel Arrous, o la del añorado Dominique Kalifa. Por su dominio de la narración Dumas suscita en los lectores una verdadera fascinación por la época en la que vivió, a la par que transmite una determinada lectura política. Ya en su tiempo la prensa de mayor prestigio utilizaba como reclamo publicitario los anuncios de sus novelas: *El Conde de Monte-Cristo*, *Las Memorias de un médico*, *La Reina Margot*... sin olvidar la famosa trilogía de *Los Tres mosqueteros*.

En esta ocasión Anne-Marie Callet-Bianco ofrece una versión renovada de *Les Compagnons de Jéhu*, un relato menos conocido que los anteriormente citados. Publicado en 1857, forma parte del ciclo de *Le chevalier de Sainte-Hermine*. En él el lector es transportado a los hechos de la Revolución francesa, concentrando su mirada en la contra-revolución: en el valle del Ródano, jóvenes de familias acomodadas asaltan los carruajes de la república para hacerse con sus fondos y destinarlos a la restauración de la monarquía. La trama cubre los Entre el retorno de Napoleón —figura que cautiva al escritor— de Egipto hasta la batalla de Marengo transcurren nueve meses cruciales para comprender el paso de 1799 a 1800. Dicho periodo da pie a las luchas de dos héroes antitéticos y, a la vez, complementarios: el partidario de la monarquía tiene por rival al bonapartista. Roland —como el legendario protagonista del medieval— se enfrenta a Morgan y, sin embargo, ambos se respetan como si estuvieran unidos por un lazo indisoluble a la par que invisible para los no-iniciados. Dumas adapta así, el esquema de los hermanos enemigos, propio de la novela popular en su variante de la novela de aventuras. Sin embargo, la rivalidad trasciende el campo de batalla y la trama reproduce otro tipo de pugnas ya sea en materia amorosa o en su concepto de sociedad.

Bonaparte alcanza también un papel notable, aunque ambivalente, como en el corazón del autor¹: por una parte, se le reconoce un carisma capaz de crear lazos duraderos, así lo confirma la fidelidad de algunos personajes.

¹ El texto “Napoleón, visto y revisado por Alexandre Dumas” reproducido en este volumen ofrece un ejemplo de dicha ambivalencia.

Por otra, su voluntad de ejercer un papel en los asuntos políticos del momento y de imprimir con ello una huella en la posteridad contrapesan la admiración dumasiana por el Emperador. Asimismo, la perspectiva desde la que se describe el Consulado permite intuir el reverso nefasto que acuciará a Napoleón. La heroicidad del general no es condición *sine qua non* para Dumas, que no duda en presentarlo en paños menores con lo que su figura queda sujeta a matices, una actitud muy distinta de la que se pretendió con los cuadros suntuosos de pintores consagrados.

Sin embargo, a las peripecias dignas de este tipo de relatos, se unen en la obra las reflexiones del novelista en cuanto a su condición de historiador. Consciente del papel que juega, el narrador inserta un prólogo donde reflexiona sobre ese binomio: bajo el epígrafe “La ville d’Avignon” no solo brinda apuntes que atestiguan su labor de documentación sino que muestra su concepto sobre cómo presentar la historia a través de la ficción: “Eh bien, soyons l’un et l’autre; lecteur, accordez les dix, les quinze, les vingt premières pages à l’historien, le romancier aura le reste.” (p. 41). La cuestión dista de ser una simple *captatio benevolentiae* puesto que en el capítulo XXXVI el narrador prosigue su reflexión sobre el que considera su principio de composición: “instruire et amuser” (p. 467). Si Balzac fue reconocido por su retrato de costumbres contemporáneas plasmado en *La Comédie humaine*, el proyecto acometido por Dumas es susceptible de igualarlo, según él mismo declara: “entre *La Comtesse de Salisbury* et *Le Comte de Monte-Cristo*, cinq siècles et demi se trouvent enfermés. Eh bien, nous avons la prétention d’avoir, sur ces cinq siècles et demi, appris à la France autant d’histoire qu’aucun historien » (p. 467-468).

La insistencia manifiesta en su epílogo “Un mot au lecteur” sobre la consulta de fuentes y demás actividades que autorizan su visión de la trama en relación a la verdad histórica confirman esa preocupación dumasiana no sólo por abordar temas históricos, sino también su afán divulgativo: el novelista concibe su escritura como un instrumento de formación popular, por ello ilustra incluso sobre el título de la novela. ¿Compensaría con ese éxito sus frustradas aspiraciones republicanas en las que no pudo triunfar por la vía política?

La novela de Dumas, ya de por sí interesante, se acompaña, además, en esta edición de una presentación rigurosa que expone aspectos diversos relacionados con el autor y su obra: desde los recursos utilizados por el propio escritor a las adaptaciones del texto. Una cronología a partir de la biografía del autor se completa con apuntes históricos sobre la época en que se inscribe la trama. Las extensas notas ofrecen al lector actual los apoyos necesarios para una lectura entretenida y sólida, a la vez.

Con el marco aportado a la obra, Anne-Marie Callet-Bianco confirma la vitalidad de Alexandre Dumas en su tratamiento de la historia, a la par que subraya el crédito que la ficción adquiere en el imaginario social que la asume como propia.

M. Carme Figuerola